

Os contaré las citas, los lances amorosos,
Y las empresas nobles de nuestra media edad;
Y lances que hoy se tienen tal vez por fabulosos,
Pero que son sin duda sublime realidad.

Os contaré las glorias de nuestra grande España,
Para la cual no llega jamás á hundirse el sol:
Que al verme lejos de ella, viviendo en tierra estraña,
Conozco que mas la amo, que soy mas español.

Mil otros dulces trovas eleven mas sentidas
Dejando mis conceptos humildes muy atras,
Que al alabar de España las huestes no vencidas,
Me ganarán en todo; mas á español jamás.

Tambien á los serrallos os llevaré, do amores
Le mienten las hermosas á su cruel señor,
Do en redes de oro presos se ven los ruseñores,
Y do se aspira un aura de celestial olor.

Os contaré las glorias del Padre Soberano,
Y de la Virgen santa su amor tierno y sin fin:
Pues no de buen poeta: me precio de cristiano:
Que el cielo y Dios son grandes: el mundo muy ruin.

Vereis del Nerva undoso muy próximo á la orilla,
El Arenal divino, remedo del Eden:
Vereis Bilbao, la hermosa, la pintoresca villa,
Donde la luz primera mirara, por mi bien,

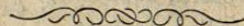
Venid, venid en torno del trovador que intenta
Sacar del triste olvido los hechos de hombres mil;
Y entonces cuán brillantes vereis os los presenta,
Corriendo el denso velo que los oculta vil.



DON FADRIQUE ESPINDOLA.

LEYENDA,

FANTASTICA--RELIGIOSA.



ESPOSICION.

ABANDONANDO la pompa
Y el bullicio de la corte,
Y las lides do Mavorte
Muestra su furia y ardor,
En su palacio, Don Diego
Vive, en Alvia edificado,
Todo su esmero y cuidado
Poniendo en su hija Leonor.

Y aunque ya de este palacio
No quedan muros ni escaños,
Porque ha ya tres cientos años
Que este caso aconteció,
Los sucesos memorables
Que en él entonces pasaron,
Y que ha mucho me contaron,
Contarlos quiero ahora yo.

En él, pues, Don Diego vive
Lleno de dicha y contento,
Trayendo á su pensamiento
Sus hazañas, su valor:
Y cuenta las lides crudas
En que se hallara empeñado,
En extremo entusiasmado,
A su amada hija Leonor.

Es Leonor de quince abriles,
De frente clara, espaciosa,
Boca y mejillas de rosa,
Pelo negro y blanca tez:
De ojos como el sol radiantes,
Cuerpo esbelto, planta breve,
Voz de ángel, cuello de nieve;
Sin orgullo ni altivez.

De alma celestial y cándida
Como la dulce azucena,
Sonrisa de gracia llena
Cual la que tiene el amor:
De un mirar tan hechicero,
Tan tierno, tan agraciado,
Que al que ve deja estasiado,
Adormido, sin vigor.

A orillas del Nerva undoso
El palacio está en do vive,
Y de su padre recibe
Religiosa educacion:
Y allí oculta y encerrada
Vive tranquila la hermosa,

Como encerrada la rosa
Está dentro del boton.

Sin conocer de este mundo
Mas que el palacio y el rio,
No tiene mas albedrio
Que aquel de su padre fiel;
Y libre de ese tormento
Que amor el hombre le llama,
Feliz vive; pues solo ama
Las flores de su vergel.

Una amiga solamente
Acompañar suele á ella,
Como Leonor pura y bella,
Y tierna como Leonor;
Pero cuya faz revela,
En su gran melancolía,
Que siente la llama impía,
En su pecho, del amor.

Y no se engaña quien juzgue
Que aquella jóven padece
Esa pasión que enardece
Y que abrasa el corazón:
No se engaña quien al verla
Dulce lloro derramando,
Juzgue que se está acordando
Del que adora con pasión.

Si; que dentro de su pecho
Amor poderoso guarda,
Amor que jamas aguarda

De su seno desterrar.
Amor á un jóven guerrero
Arrogante y entendido,
A quien al ver no ha podido
Sino tiernamente amar.

Mas ¡ay! en vano en su mente
Tiene el objeto que adora,
Y en vano él á cada hora
La dice que ella es su amor:
Pues promesas, juramentos
De uno y otro, son en vano,
Porque ella tiene un hermano
Que se opone á aquel amor.

Y razon tiene sin duda
En oponerse Fernando
Al amor que va minando
De su hermana el corazon:
Que su amante indigno es de ella,
Y á su hermano le es notorio,
Que es otro D. Juan Tenorio
Quien la turba la razon.

Y por eso cariñoso
La dice olvide á aquel hombre,
Que ha dejado de su nombre
Memoria amarga do quier;
Y la pinta el hondo abismo
A donde á mil ha arrojado
Aquel Fadrigue malyado
Que ella se empeña en querer.
Y por eso siempre triste

Do quier la infeliz se halla,
Y con mil dudas batalla
Que la asaltan sin cesar:
Pues desconfia y adora
A aquel guerrero atrevido,
A quien al ver no ha podido
Sino tiernamente amar.

—Isabel ¿por qué estás triste?
Dijola Leonor un dia
En que llorar la veia
Sin poderse contener.
¿Por qué lloras? ¿te atormenta
Algún pesar inclemente?
Dime, dime lo que siente
Tu alma, si puedo saber.

¿Hate ultrajado tu hermano,
Mi tierna y querida amiga?
¡Ah! di el dolor que te ostiga
A tu adorada Leonor.
—¡Mi hermano! ¡Ah! no, nadie, nadie
Es como él, para mí, bueno....
—¿Pues qué tienes?—Un veneno....
El fuego impío de amor....

Y ambas guardaron silencio;
Isabel triste y llorando,
Y Leonor aun no acertando
De su amiga con el mal:
Era la ocasion primera
Que en aquel sitio se oia
La voz amor, que tenia
Para ella algo celestial.

Jamas Isabel sus penas
A su amiga hubo contado,
Pues siempre tuvo cuidado
Su inocencia de no herir;
Que al verla alegre y risueña,
Cándida como las flores,
Juzgó que hablarla de amores
Seria hacerla sentir.

—¡Amor, amor un veneno!...
Leonor, entre sí, decia:
¡Voz tan dulce repetia,
Significar el dolor!.....
Si ahora lo que decir quiere
De Isabel no hubiera oido,
Yo hubiera el amor creido
Que era un bien del Criador

Y acercándose á su amiga,
Que gemia sin consuelo,
Impelida de su anhelo
Y pueril curiosidad;
Díjola que la esplicase
El mal que amor se llamaba,
Porque saber deseaba
Si era horrible enfermedad.

—¡Horrible!.... Isabel la dijo.
Mal que está en el pensamiento
Sin dejarnos ni un momento
De deliciosa quietud:

Que nos presenta á la vista
Un objeto que buscamos,
Y que al verle huir, quedamos
En insufrible inquietud.

Es un mal que por los ojos
Entra y á el alma descende,
Y un fuego implacable enciende
En lo hondo del corazon:
Un mal que de él á librarse
No son los mortales dueños,
Y que aun turba en nuestros sueños
Dulcemente la razon.

Mal de formas seductoras
Que da la muerte y la vida,
Y tiene á el alma oprimida.
Con un divino dolor:
Mal que un hombre que apreciamos
Solamente nos inspira,
Y que cuando habla ó nos mira
Nos cubrimos de rubor.

Hombre cuya imágen pura
Va en el alma eternamente,
Con quien pasan velozmente
Los momentos sin sentir:
Que el verle nos da consuelo,
Y tormento si se ausenta:
Pues su vista nos alienta
Y su ausencia hace morir.

Hombre que tiene un influjo

Superior á un ser humano,
Que se prefiere á un hermano,
A un padre... á todo mortal;
Y que por mas que nos digan
Que de él tímidas huyamos,
Nosotras ¡ay! le buscamos
Como á un ser angelical.

Mal es eterno, terrible,
Que nos causa pena mucha,
Que se halla en continua lucha
Con el alma y la razon:
Pues cuando esta diz que huyamos
Del que nos mata y seduce,
Aquella ácia él nos conduce
Inflamada de pasion.

Es un afan indecible
Que nos dá grata amargura:
Melancólica dulzura,
Tierna á la vez que cruel:
Es una pena, una dicha,
Un padecer, un consuelo,
El bien único del suelo;
Y el mal único de él.

Esto es amor; y esto sufre
El corazon de tu amiga;
Mas no quieras que te diga
Quién me causa este dolor:
Es un secreto; mi hermano
Quiere que olvide á ese hombre,
Y nunca diré su nombre
A nadie, tierna Leonor.

Y ambas otra vez quedaron
En silencio el mas tranquilo,
Vertiendo Isabel hilo á hilo
Lágrimas mil sin cesar;
Y Leonor meditabunda
Estaba quieta á su lado,
De lo que habia escuchado
Sin saber lo que pensar.

Mas á sacarlas de su éxtasis
Llegó una anciana corriendo,
Un caballero diciendo
Que ver queria á Isabel:
—¿Su nombre? preguntó ésta,
—Dice se llama Fernando.
—¿Qué estoy, gran Dios, escuchando!...
Ese es mi hermano: sí, es él.

—¿Tú hermano?—Sí, Leonor mia:
El hermano de mi alma,
Que hace me dejó sin calma,
Dos meses, desdeque partió:
Tú, amiga, nunca le has visto,
Pues de su patria ocupado,
Nunca á aquí me ha acompañado
Por mas que lo quise yo.

Esto al decir, á do estaban
Llegó un altivo guerrero,
Vestido de limpio acero,
Lleno el rostro de sudor;

Que en los brazos arrojándose
De Isabel, con alegría,
De besos mil la cubria,
Diciendo, "hermana, mi amor."

Leonor miraba esta escena
Tiernamente conmovida,
Y de su amiga querida
Consideraba el placer;
Y contemplaba del jóven
Su presencia, su apostura,
Y dentro de su alma pura
Sintió un deleite correr.

Y cuando á Isabel dejando,
Se acercó amoroso á ella,
Diciéndola, "Leonor bella,
En mí ved un servidor,"
Encenderse sus mejillas
Sintió la hermosa inocente;
Y se juzgó de repente
Con la enfermedad de amor.

Isabel, sin notar nada
De lo que allí sucedia,
A su hermano si queria
Preguntó, al jardin entrar;
Y admitiendo en el instante
La oferta, de ambas asido
Entró al lugar mas florido
Do abundaba el azahar.

De Leonor el tierno pecho

Con dulce inquietud latia,
Cuando el contacto sentia
Del brazo de aquel mortal;
Y él que sus gracias y encantos
Tambien absorto miraba,
Un deleite disfrutaba,
Infinito, celestial.

Así dos horas, sin duda
Las mas bellas de su vida,
Pasó Leonor sumerjida
En grata meditacion;
Hasta que el sol ocultando
Su disco tras la ladera,
Señaló la horrible y fiera
Y triste separacion.

—A Dios, Leonor, la fortuna
Por mi hermana me ha traído
A este sitio, do he tenido
De admiraros el honor:"
Dijo Fernando; y la hermosa
Contestó: "si no os molesta
Venir, vuestra casa es esta,
Y vuestra esclava Leonor."

Y á Isabel luego abrazando
Con inocente alegría,
Hasta el inmediato dia
Se despidieron las dos;
Y ella quedó en su palacio
Por do los vientos cruzaban,
Mientras los otros marchaban
Dándola el último á Dios.

Y llegó el siguiente día,
Ya por Leonor anhelado;
Y de Isabel á su lado
Llegó Fernando tambien;
Y al jardin á entrar volvieron,
Fernando de ambas asido,
Contemplando enternecido
Las flores de aquel eden.

Y de Leonor, tierno el pecho
Con dulce inquietud latia,
Cuando el contacto sentia
Del brazo de aquel mortal;
Y él que sus gracias y encantos
Tambien absorto miraba,
Un deleite disfrutaba
Infinito, celestial.

Y así pasaban las horas,
Y un día y otro pasaba,
Y un mes tras otro llegaba,
Sin en su fin, meditar;
Y Leonor miró asustada
Huir su dulce alegría,
Y suave melancolía
En pos de aquella llegar.

Y sola al verse en su cuarto,
Sin descansar en el lecho,
Quiso estudiar de su pecho
La súbita variacion;

Y saliendo á la ventana
Que al rio Nerva caia,
Estas palabras decia
Con terrible agitacion.

¡Ah! yo tengo á ese Fernando
Por siempre en el pensamiento,
Sin que me deje un momento
Su recuerdo encantador:
Le tengo siempre á la vista:
Le busco constantemente. . . .
¡Ay Dios! lo que mi alma siente
Es el mal llamado amor.

El se ha entrado por mis ojos
Y por el alma descende,
Y un fuego implacable exciende,
Cual dijo Isabel, y ardor;
Y de él no puedo librarme,
Pues no soy de mi ya dueña. . . .
¡Ay Dios!, si mi alma no sueña,
Este es mal llamado amor.

Tiene formas seductoras,
Y me causa muerte y vida,
Y tengo el alma oprimida
Con un divino dolor:
Mal, sí, que un hombre que aprecio,
Tan solamente me inspira. . . .
¡Ah! si mi alma no delira.
Tengo el mal llamado amor.

Su imagen llevo en el pecho

Grabada, constantemente. . . .
Con Fernando velozmente
Las horas van sin dolor. . . .
Siento, si él llega, consuelo,
Y tormento si se ausenta. . . .
¡Oh! sí: esta ansia violenta
La produce el mal de amor.

Tengo ese afán indecible
Que causa grata amargura:
Siento esa triste dulzura
Que dijo Isabel y ardor:
Siento, á la par pena y dicha,
Dolor amargo y consuelo:
Si; siento ese bien del suelo. . . .
¡Ay, sí! lo mio es amor! . . .

Y dos perlas de sus ojos
Por su blanca faz rodaron,
Do los rayos resbalaron
De la luna al asomar;
Y abatida volvió al lecho
Do soñaba antes con flores;
Y ahora sueña en los amores
Que llegó triste á probar.

Y pasaron nuevas horas
Y nuevos días pasaron,
Y nuevos meses llegaron
Que volvieron á pasar;
Pero Leonor y Fernando,
Ya, cuando juntos paseaban,

Amor firme se juraban,
Porque á esto vino á parar.

Mas ¡ay! cuando mas felices
Los dos allí se creían,
La tormenta no veían
Que iba muy pronto á caer:
No veían sus amantes
Y sensibles corazones,
Los oscuros nubarrones
Que va la calma á romper.

Era costumbre en don Diego,
Ir á Bilbao á pasearse,
Y á la noche retirarse
A su apartada mansion;
Que allí la gente es pacífica,
Y provisto de su acero,
No teme algun lance fiero,
Ni alguna oculta traicion.

Mas una noche que el cielo
En agua se deshacia,
En el punto en que ponía
Fuera de Bilbao el pié,
Tres hombres enmascarados
Que esperando le estuvieron,
Sobre él súbitos cayeron,
Con vil afán, cual se ve.

Pero don Diego al instante
Echó mano de su acero,
Y el choque resistió fiero

De los tres, con gran valor:
Que aunque muestra en sus cabellos,
La nieve de un noble anciano,
Aun tiene fuerza en la mano
Y en su corazon ardor.

Pero eran tres los traidores
Contra quienes combatia,
Y amagado se veia
Por sus espadas do quier;
Y temiendo por la espalda
Que alguno le acometiese,
Luchando ácia un muro fuese
Para aquella guarecer.

En esto un hombre á su lado
Se presentó de repente,
Acuchillando inclemente
A los asesinos tres:
Y á uno dejando sin vida,
Y á otro hiriendo con su acero,
La salvacion del tercero
Puso al instante en sus pies.

—Caballero, pues me dice
Que lo sois vuestro denuedo,
Muy obligado vos quedo,
Dijo Diego, á este favor.

—Hice por vos lo que hiciera
Cualquier español soldado,
Que noble nació y honrado,
Y por tanto con valor.

—¿Podré saber á quien debo
La existencia?—Si, buen hombre:
Fadrique Espíndola el nombre
Es de vuestro servidor.

—¡Espíndola! ¡Ah! vuestro padre
Fué, sí, mi mejor amigo.

—Y yo á serlo de hoy me obligo
Si me cedéis tanto honor.

—El honor ha de ser mio;
Y ved en que, francamente,
A Diego de Benavente
Ocupar quereis desde hoy:
Que nada habrá, si en mi estriva,
Que yo os niegue, don Fadrique;
Y sabed, sin que os lo explique,
Que amigo fiel vuestro soy.

~~~~~  
Y ya en plática sabrosa,  
Envainando los aceros,  
Acia el palacio marchaban  
Ambos llenos de contento.  
Pues empeñado ya Espíndola  
En acompañar al viejo,  
Cedió al fin á sus instancias  
Por no pasar por grosero.  
Pronto al palacio llegaron  
Do Leonor salió al encuentro  
De su padre, en cuya mano  
Colocó sus labios tiernos.  
—Aquí tienes, hija mia,  
La dijo á Leonor don Diego,



Al que esta noche la vida  
Me ha salvado con su acero.  
—¡Ah! ¡cómo! . . . exclamó asustada.  
—Tres á matarme salieron  
Al venir para mi casa,  
Y ya cansado en extremo  
Me encontraba de luchar  
Tanto contra los perversos,  
Cuando don Fadrique Espíndola,  
Que es aqueste caballero,  
Llegando á allí de repente,  
Hirió y mató á dos de ellos.  
Y Leonor agradecida  
A aquel favor tan inmeso,  
Dió las mas rendidas gracias  
Al salvador de don Diego.  
Luego en plática amistosa  
Largo rato se estuvieron:  
Hasta que al fin don Fadrique,  
Que era tarde conociendo,  
Se despidió de los dos  
Con grandes muestras de aprecio.  
Y otra noche y otra mas  
Siempre Espíndola y don Diego,  
Después de las oraciones  
Juntos á casa volvieron,  
Cada día dando el último  
Muestras al otro de aprecio,  
A la vez que don Fadrique  
Se las daba de respeto.  
—Esto es todo lo que pido  
Si tanto á esperar me atrevo.

Una noche don Fadrique  
Dijo al dejar á don Diego.  
La adoro con toda el alma.  
—Vuestra será: os lo prometo:  
Contestó, dando la mano  
A don Fadrique, don Diego.  
Y mientras que se alejaba  
Lleno de dicha el primero,  
El segundo, de Leonor  
Entró alegre al aposento.  
—Leonor, decirte que te amo,  
Que inútil sería creo,  
Cuando sabes que en tí cifro  
Mi orgullo, mi bien entero.  
Dijo sentándose al lado  
De su hija tierna don Diego.  
Pues bien, mirando á tu suerte,  
Darte un esposo pretendo,  
Que en nobleza y en virtudes  
No tenga igual en el reino.  
Este es don Fadrique Espíndola,  
A quien la vida le debo,  
Y que tu mano rendido  
Me ha pedido hace un momento.  
—¡Dios mio! exclamó la jóven,  
Agudo dolor sintiendo;  
Y por algunos minutos  
La estancia quedó en silencio.  
—¿Qué es lo que escucho, Leonor?  
¿Tal vez lamenta tu pecho  
La union que Fadrique y yo  
Con ansia tanta queremos? 3



—¡Padre! . . . —Calla; nada escucho:  
 Tu repugnancia comprendo  
 De donde nace. A Fernando  
 Amas: ya sé tu secreto.  
 —Jamás mentir he sabido:  
 Me amó; yo escuché sus ruegos;  
 Y esperaba ¡oh padre mio!  
 Que vos, su nobleza viendo,  
 Bendijerais un amor  
 Al cual dí entrada en mi pecho.  
 —Es ya tarde: mi palabra  
 Está dada, y yo no puedo  
 Faltar nunca á una promesa,  
 Pues soy noble y caballero.  
 Oye, pues, mi voluntad.  
 Desde este mismo momento  
 Te impido que á don Fernando  
 Le recibas cual lo has hecho.  
 Dile en cuanto á aquí se acerque  
 Claramente mis deseos;  
 Y á Isabel del mismo modo  
 Que la despidas espero,  
 Para que así no fomenten  
 Esa pasión en tu pecho.  
 No olvides que don Fadrique  
 Tu esposo ha de ser muy presto,  
 Y que yo nunca he faltado  
 A lo que una vez prometí.  
 Y alzándose con enojo  
 Muy marcado, de su asiento,  
 Salióse de allí, dejando  
 A Leonor ya sin consuelo.

Y desde entonces llorando  
 La infeliz su vida pasa;  
 Y de su fortuna escasa  
 Se queja al Eterno Ser;  
 Mas cuando la noche estien de  
 Su oscuro y lúgubre manto,  
 Siente en su pecho un encanto  
 Mayor á todo placer.

Un arrogante mancebo  
 En una fragil barquilla,  
 Suele de la opuesta orilla  
 A verla en la noche ir;  
 Y sube á la estancia de ella,  
 Cuando van las doce dando,  
 A quien llama ella Fernando,  
 Y al cuarto suele subir.

Y pues de los personajes  
 El carácter he mostrado,  
 Dar ya fin aquí he pensado  
 A la estensa esposicion;  
 Mas si hay alguien que á Fadrique  
 No conoció, sepa ahora  
 Que es aquel á quien adora  
 Isabel con fiel pasión.

Isabel que nada sabe  
 De lo que á Leonor le pasa,  
 Y que recibe en su casa  
 A Fadrique infiel, traidor:



Al amante que de noche,  
Mientras ausente está su hermano,  
La jura, asiendo su mano,  
Constante y ardiente amor.



## PRIMERA PARTE.

### RAPTOS Y CUCHILLADAS:

Sacad, Eusebio, la espada,  
Que yo de aquesta manera  
A los hombres como vos  
Saco a renir.  
Calderon de la Barca.

#### I.

Por medio de dos frondosas  
Y pintorescas riberas,  
Donde copados y altivos  
Mil fuertes tilos se elevan,  
Pródiga sombra prestando  
Al que al pié de ellos se sienta  
A gozar la brisa errante  
Que en sus hojas juguetea,  
Y por las cuales el sol  
Se atreve á pasar apenas,  
Corre tranquilo y sonoro  
Sus olas alzando el Nerva,  
Murmurando dulcemente,  
Mojando la leve arena  
Que en la una y en la otra orilla  
Tersa cual cristal se encuentra.